

Sintonicemos con lo alto (*iLevantemos el corazón!*)

Ya finalizó la *Oración sobre los dones* y la gran Plegaria eucarística da comienzo. El sacerdote que preside la asamblea nos ha saludado, deseándonos no otra cosa sino que el Señor esté con nosotros. Ahora nos pide mirar hacia lo alto, buscar las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios (cf Col 3,1).

Quiere que sintonicemos con delicadeza. ¿Qué pasa cuando el dial de una radio no está en su punto justo? Hay descargas. No se escucha la transmisión con claridad, pues es interferida con ruidos molestos. Desde 'la Central' se nos ofrecen cosas buenas, pero... no hemos sintonizado bien.

Este *Sursum corda*, que es "Levantemos el corazón" y, más aún *iCorazones en alto!* o *iArriba los corazones!*, nos indica hacia dónde deben orientarse... si quieren escuchar la voz cálida de Dios, o al Dios que nos habla con calidez, con palabras del Amante hacia quienes Él ama. Se nos pide no ser escasos en la donación, dándole a Dios "las sobras", unas pequeñas migajas, sino lo mejor. El corazón se hará tierra o cielo, según dónde arroje sus anclas y se detenga: en la tierra o en el cielo.

Que el Verbo se haya hecho carne, es sólo el 50% del Misterio de la Encarnación. No debemos preguntarnos *por qué* se hizo carne, sino *para qué*. Y la respuesta completará "el otro 50%": se rebajó a la tierra condescendiendo con nuestra carne, para elevarnos al cielo y hacernos capaces de diálogo con Aquél que es absoluta Trascendencia. La gracia -la vida de Dios en nosotros- establece esa comunión entre nuestro corazón y "el corazón de Dios", que se manifestó en el corazón de su Hijo, Jesús el Señor.

Para "elevarnos" hacia las alturas, debemos ir arrojando el lastre que llevamos auestas, que no consiste tanto en renunciar a las realidades sensibles -porque la carne es sensible y somos carne y sensibilidad- sino en elevarlas, para ir anticipando, día a día, un hecho de fe que profesamos en el *Credo*: "Creo en la resurrección de la carne...". Amando con magnanimidad las cosas grandes con el corazón dilatado, iremos adelantando la victoria final sobre la Muerte y las muertes.

Ahora, adentrados en la celebración de la Misa, nos vamos capacitando para el sacrificio de la Víctima pascual, sacrificio con el que comulgaremos, para convertirnos en el Cristo que recibiremos y, así, poder llegar al cara-a-cara con el Padre.

¿Qué respondemos al "iLevantemos el corazón!"?

iLo tenemos levantado hacia el Señor!

Este diálogo inicial con el que da comienzo la Plegaria eucarística, es antiquísimo en la Liturgia cristiana. San Cipriano de Cartago (+ 258) nos dice -comentando el *Levantemos el corazón-*, que es la actitud de espíritu con la que los cristianos que se precien de ser tales, deben comenzar su oración, de modo que, rechazando todo pensamiento que tenga sabor a 'mundo', puedan ofrecer al Señor toda su atención y todo su corazón elevado a Él.

Antiguas liturgias ponen en labios del Diácono, antes del *Credo*, estas palabras: *iDe pie... En la postura del Resucitado!* Así deben estar nuestras intenciones y nuestros corazones. Toda nuestra vida de cristianos no debe ser otra cosa sino posibilitar estar

siempre de pie, porque sólo así se puede caminar y, si hubiéramos caído, restaurar las quiebras.

Poner de pie nuestras almas y nuestros cuerpos para poder llevar adelante nuestra vocación de caminantes-peregrinos.

Tendremos caminos rectos y 'fáciles' y también sendas oblicuas y escarpadas que retardan la llegada. Siguiendo una sana pedagogía, tendremos que discernir los caminos que conducen al Reino. Pero no nos sorprendamos ni perdamos el ánimo si descubrimos que la senda que nos lleva al cielo es angosta y dura. La cruz forma parte de ese camino... ¡y no hay cruces "blandas"! Pero se convierten en 'carga liviana' (cf Mt 11,30) para quienes -como discípulos del Señor- se niegan a sí mismos (para afirmar a Jesús...), toman la cruz y lo siguen (cf Mt 16,24ss).

Este Dios hacia quien elevamos nuestro corazón, no está en los libros, si bien los buenos libros pueden esclarecer nuestra inteligencia acerca del Misterio de Dios.

Tampoco se lo encuentra realizando una especie de 'gimnasia mental', si bien una mente vigorosa será un instrumento útil para conservar en nuestro corazón la Palabra de Dios y movernos a gustarla y obedecerla.

¿Dónde se encuentra Dios?

¡En lo alto! Por lo tanto, hay que mirar "hacia arriba". ¿Y cómo se mira hacia arriba? Orando... Orando con un corazón contrito y humillado. Con la admiración de los adoradores. Orando agradecidos ante las maravillas que el Señor nos regala... ¡manos llenas! Orando con la mirada puesta en las miserias del mundo, miserias que claman por un gesto sanador de Dios-misericordioso. Orando como lo hacía Jesús: sometiendo su petición a la voluntad del Padre, de ese Padre que escruta nuestros corazones y conoce lo que es bueno para nosotros.

¿Dónde está Dios? En su 'casa', en la casa del que es Uno y Trino. Esto es verdad, pero puede parecernos algo lejano e incomprensible.

Para arrimarnos a Él como pobres, digamos que donde hay amor, ahí está Dios. Adentrándonos en una "verdad amable" y en un "bien verdadero", descubriremos a un Dios que es Verdad y Bien.

¿Dónde está Dios? En Aquél que es *Camino*, en Jesús su Hijo, que habita como primero entre muchos hermanos y hermanas que lo invitaron a ingresar en sus vidas.

Está en los pobres de espíritu, en los mansos y en los humildes de corazón.

Está en quienes -día a día- construyen la paz. Está en quien comparte el pan con su hermano y un vaso de agua al sediento. Está en quien no se escandaliza por el pecado y los defectos de sus hermanos sino que, como buen samaritano, se detiene ante ellos para curarlos y protegerlos. Está en la vida del Espíritu que nos conduce a unirnos íntimamente con la Verdad de Dios. Está en quien no se convierte en juez de su prójimo, y en quien prefiere ser víctima a verdugo.

Está en la Palabra de Cristo, en la vida que confieren los signos sacramentales, en el rostro de los hermanos, de modo especial, en el de los más débiles y en el de los rechazados por el mundo.

¡Levantemos el corazón y preparémonos a dar gracias a Dios porque su 'altura' condescendió hasta nuestro nivel de creaturas pobres...!

Preparémonos para "dar gracias a Dios" (=para 'hacer la Eucaristía') y así poder partir juntos (= 'compartir') el Pan vivo bajado del cielo, alimento de quienes caminamos en la Tierra, con el corazón puesto en los bienes de lo alto...(fr *Héctor Muñoz op*)